

Pablo Escalante Gonzalbo
(Coord.)

HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA EN
MÉXICO I
MESOAMÉRICA Y LOS ÁMBITOS INDÍGENAS DE
LA NUEVA ESPAÑA

Introducción general

No sabemos a qué manos llegarán esos viejos retratos familiares que para nosotros, y sólo para nosotros, tienen un significado especial. A veces pensamos romperlos, para que no sean motivo de burla dentro de pocos años; si no lo hacemos es porque con ellos queremos guardar la memoria de momentos especiales, situaciones y personas unidas a nuestra vida, que pueden representar una ruptura en la monotonía del pasado o, por el contrario, pueden acompañarnos en el recuerdo de lo que algún día fue rutinario y cotidiano. Descubrimos así que, pese a que parecería irrelevante por su misma espontánea repetición, lo cotidiano es precisamente lo que define con mayor precisión un modo de vida, una actitud ante los acontecimientos y una práctica de costumbres cuya justificación no nos hemos detenido a investigar. Los objetos, como las cartas, los libros o las fotografías forman parte de una historia que es la nuestra y por eso son fuentes apreciables para el investigador que se interesa por la historia social.

La vida cotidiana, de la que todos somos protagonistas, transcurre de forma paralela a los acontecimientos irrepetibles, de carácter público y de trascendencia general. Siempre recibe el impacto de los cambios y, recíprocamente, puede propiciarlos o retardarlos, pero existe con sus características propias independientemente de la situación en la que se desarrolle. Es privada en cuanto afecta a los individuos en su vida particular, pero también puede considerarse pública puesto que se rige por principios aprobados por grupos sociales cuyas opiniones y prejuicios se convierten en normas. Es tradicional porque se establece mediante la repetición de rutinas y porque se sustenta sobre principios de orden, pero

no es raro que precisamente en los espacios cotidianos se acojan las novedades y se fragüen inconformidades.¹

Incluso en condiciones excepcionales de opresión, encierro, incertidumbre o violencia extrema, los individuos restablecen pronto alguna forma de cotidianidad, un comportamiento que les permita resolver continuamente los problemas de supervivencia y de mantenimiento de su identidad. No hay duda de que son posibles las historias de la vida cotidiana en campos de concentración, en ciudades sitiadas o bajo cuarentena sanitaria, en pueblos nómadas y en grupos de exiliados. Por otra parte, y esto es algo importante para el quehacer del historiador, incluso los acontecimientos excepcionales se refieren de manera implícita a lo comúnmente vivido y aceptado. De ahí que los textos sobre delincuentes y marginados, como los que nos hablan de aristócratas y acaudalados empresarios, no se limitan a referirnos vidas extraordinarias, sino que también informan de lo que era común entre sus contemporáneos.

A diferencia de las raras decisiones trascendentales de la vida individual o colectiva, que requieren reflexión, análisis e incluso discusión, el acontecer cotidiano debe estar de algún modo resuelto, lo que facilita la realización de actividades necesarias con la tranquilidad de estar en lo correcto. Pero la misma seguridad acerca de lo aceptable y lo inadmisible llega a provocar conflictos cuando se produce incompatibilidad entre lo cotidiano aprobado y la irrupción de un elemento extraño, de un sujeto rebelde o de una coyuntura inesperada. Las historias de la delincuencia, de la enfermedad, de las minorías étnicas, de las ocupaciones militares, de las sectas religiosas o de las innovaciones del arte, de la liturgia o de las normas de urbanidad, tienen aquí su lugar. Las prácticas rutinarias del acontecer diario son tan obvias y evidentes que no se les presta atención, no las describen explícitamente los documentos e incluso parece que en nuestra propia vida no las vemos ni las conocemos. Su irrelevancia las torna invisibles.

Son necesariamente cotidianas las actividades que responden a necesidades fisiológicas y psicológicas, que han de cubrirse con determinada frecuencia: comer, dormir, asearse, vestirse, ejercer la sexualidad, cuidarse en la enfermedad y afrontar la expectativa de la muerte; son inherentes a la condición humana e ineludiblemente ligadas a lo cotidiano. Por eso se integran a la historia de la vida cotidiana los

¹ Hoy se aprecia la influencia de actitudes tradicionales en la gestación de revueltas en las que antes se pretendía ver un proyecto renovador. Sin desdeñar la importancia de los factores económicos, vale considerar que aun más que la explotación y la pobreza, lo que provoca el descontento es el cambio en las formas de opresión y la diferencia comparativa entre la pobreza de ayer y la de hoy y la riqueza de los otros antes y después.

estudios sobre la cultura material (casa, vestido y alimento), la sexualidad, la enfermedad y la muerte. Nos interesa la evolución de los recursos para obtener satisfactores y las actitudes hacia debilidades o méritos personales.

Pero ya que los individuos no viven en laboratorios de la conducta, ni siquiera en condiciones homogéneas o similares, la satisfacción de estas necesidades depende de fuerzas naturales como el clima, las estaciones del año, el paso del día a la noche, las edades del hombre, la situación geográfica y el ambiente físico natural. Incluso en una misma época y en lugares cercanos, la vida rural y urbana marcan importantes diferencias. La adaptación del hombre a la vida en el trópico o en las regiones árticas, los largos viajes marítimos o las caravanas a través del desierto, como la prolongada estancia de los astronautas en estaciones espaciales de hoy, proporcionan ejemplos de la universal tendencia a regular los comportamientos cotidianos en cualquier circunstancia. Es obvio que una historia del clima o de las ciudades no puede integrarse en el marco de lo cotidiano, pero sí la forma en que los grupos humanos modifican el medio ambiente o se adaptan a él.

Así como la vida privada se entiende encerrada en ambientes retirados de la vista pública, la vida cotidiana se desarrolla indistintamente en público o en privado; una gran parte de las actividades cotidianas tiene lugar en la calle, en el trabajo o en lugares de esparcimiento. Pueden integrar la historia de la vida cotidiana las rutinas del trabajo, las devociones, tanto comunitarias como privadas, las celebraciones, íntimas o populosas, los regímenes hospitalarios, carcelarios, religiosos o colegiales, la dinámica en mercados, las prácticas escolares, los viajes, las relaciones familiares, los contactos de parejas, los cauces de la amistad, las lecturas y el teatro.

Por falta de información sistemática, más que por prurito de buen gusto, resulta difícil incluir la historia de otras necesidades fisiológicas, como la defecación, que no siempre han sido tan privadas, puesto que durante siglos no existieron habitaciones destinadas a la satisfacción recatada de mandatos imperiosos del organismo. Menos relevante, aunque también distintiva de costumbres propias de ciertos pueblos, es la expulsión de mucosidades, cuya evolución ha sido paralela a la de la civilización "cortesana". Es evidente que muchas de las actividades mencionadas se realizan fuera del hogar; sin contar con otras, más obvias, como comer o dormir, que parecerían necesariamente hogareñas pero no siempre lo son. El proceso de "civilización de las costumbres" tiene su razón de ser en la frecuencia con que actividades que consideramos íntimas deben realizarse a la vista de otros, de ahí la importancia de los modales y sus cambios.

Cuando se trata de grandes acontecimientos de la historia política y militar, o incluso de la historia económica, los tiempos a considerar son años, fechas o periodos, eras o coyunturas. En la vida privada es forzoso deslindar dos niveles totalmente diferentes entre sí. En primer término, por tratarse de hábitos que cambian con suma lentitud, siempre, o casi siempre, habrá que referirse al tiempo largo, ese tiempo durante el cual transcurre la vida de varias generaciones, suficiente para que se adopten nuevas actitudes y se acondicionen diversos espacios. Pero en busca de lo cotidiano, la misma palabra nos obliga a buscar como unidad el día y, además, su repetición. Esto es lo único explícito en la palabra cotidiano, lo demás responde a una convención según la cual llamamos cotidiano a todo lo que nos parece regular, habitual, previsible, reiterado o continuo.

La aplicación del concepto es sencilla al referirse a la cultura material, ya que los ritmos de comida y sueño, de frío o calor, sólo pueden tener variantes dentro de un rango relativamente estable. Algo más compleja es la indagación de las prácticas sociales, en las cuales hemos tenido que diferenciar los horarios de trabajo y de ocio, los momentos propicios para la conversación y aquéllos para el retraimiento, los días y horas destinados a las celebraciones festivas y las normas reguladoras de lutos y penitencias (velorios, siempre nocturnos, y procesiones de penitencia).

Como en todos los casos, también hay que afinar en la precisión de los horarios, puesto que son diferentes según grupos sociales, incluso en un mismo momento, y cambian con las necesidades productivas (tiempo de siembra y cosecha), con la introducción de técnicas e inventos (luz artificial, de gas o eléctrica) y con las edades (horario infantil, juvenil o adulto). Y no deja de tener interés una historia de la vida nocturna, como de los servicios urbanos necesariamente relegados a las horas de la madrugada (servicio de limpia y recogida de basura, serenos, cuando los había, y turnos laborales rotativos).

La historia de las mujeres tiene ya sus especialistas y sus temas preferentes, pero ello no anula su inicial integración a los temas de lo cotidiano, y esto por varias razones: ya que la vida material y las necesidades biológicas constituyen la materia de investigación propia de esta especialidad, es indudable la importancia de las diferencias de género, que han determinado particulares formas de convivencia y sociabilidad a lo largo de la historia, pero además, la mayor parte de la cotidianidad femenina, en el espacio, en el tiempo y como definición conceptual de su identidad cultural, transcurre o ha transcurrido al margen de la vida pública, dentro del hogar e incluso en la intimidad, puesto que el sexo femenino se concibe precisamente en función del sexo.

No hay duda de que el mundo doméstico es propio de la cotidianidad, pero no exclusivamente. Porque el hombre vive en sociedad y la historia trata de las relaciones del individuo con su entorno, no sólo material sino

cultural. Los seres humanos se relacionan con su propia familia, con los vecinos, los paisanos, los miembros de la misma comunidad, corporación, confesión religiosa, oficio o profesión, y con quienes tienen sus mismos intereses, diversiones y responsabilidades. En fin, con muchos de sus semejantes comparten preocupaciones económicas, inquietudes estéticas y principios morales. La historia de la familia es una parte de esa historia cotidiana, junto a la cual se ha de considerar la evolución y las permanencias de gremios, cofradías, hermandades, grupos de élite o de desviantes.²

Aunque rara vez en la vida cotidiana se impone la exigencia de optar por ciertos valores de manera explícita, se trata de una posibilidad latente en todo momento, ya que es difícil identificar una actividad absolutamente neutral, independiente de cualquier valoración; incluso los actos más anodinos, si se realizan en cierta situación, pueden tornarse peligrosos, irreverentes o, por el contrario, meritorios o heroicos. Los cambios de apreciación hacia ellos son indicadores de cambios profundos en la sociedad: los conquistadores exaltados un día son denostados años más tarde y los revolucionarios perseguidos y condenados pasan a convertirse en personajes beneméritos para la siguiente generación.

Escurridizo e intangible, el mundo de los sentimientos y de los afectos proporciona las motivaciones para toda actividad y no puede dejarse de lado en la investigación de la vida cotidiana. Claro que los impulsos de avaricia, generosidad, cobardía, valor, ira, arrepentimiento, amor, amistad, hostilidad... forman parte de la naturaleza humana y son en principio inalterables, pero abundan los testimonios que muestran la condición variable de esos sentimientos, que son fruto de convenciones sociales y de elaboraciones culturales. Si aspiramos a historiar el amor filial o la fidelidad conyugal tendremos que conformarnos con escudriñar sus huellas en las manifestaciones externas, en los prejuicios compartidos y en los discursos oficiales.

En síntesis, podemos decir que la historia de la vida cotidiana se refiere a la evolución de las formas culturales creadas por los hombres en sociedad para satisfacer sus necesidades materiales, afectivas y espirituales. Su objeto de estudio son los procesos de creación y desintegración de hábitos, de adaptación a circunstancias cambiantes y de adecuación de prácticas y creencias. Los problemas que atraen con preferencia al historiador de la vida cotidiana se centran en las rupturas y continuidades de las formas de vida, el impacto sobre ellas de las crisis económicas, de los acontecimientos políticos, de la introducción de

² Me refiero, entre otros, a los estudios sobre redes de parentesco, actitudes de la nobleza, recursos de los miserables para sobrevivir y de los procesados para defenderse de acusaciones, decadencia de ciertas asociaciones y surgimiento de otros grupos ligados por nuevos móviles.

nuevas doctrinas o de la difusión de avances técnicos y descubrimientos, los procesos de asimilación e integración social y las tendencias segregacionistas.

La presente *Historia de la vida cotidiana en México* reúne situaciones y momentos del pasado en esta tierra que hoy llamamos México, en la cual vivieron, gozaron y sufrieron nuestros antepasados. Así como Georges Duby apeló al sentido común para eludir una definición de lo privado, nosotros recurrimos a la rica tradición mexicana para identificar lo cotidiano por contraposición a lo excepcional, lo notorio, lo memorable. En este marco inscribimos los elementos de la cultura material representativos de los niveles de vida, la expresión de los afectos en el terreno de la intimidad, los prejuicios y valores imperantes en determinados momentos y, en fin, las relaciones personales, los recursos de supervivencia, los espacios destinados a la piedad y los orientados a la diversión.

Las ilustraciones que acompañan a los textos son mucho más que elementos decorativos; se ha buscado que refuercen los contenidos y que enriquezcan la visión que los autores ofrecen de la cotidianidad a lo largo de la historia. Por ello merecen un reconocimiento especial las instituciones que desinteresadamente han facilitado nuestro trabajo y que han hecho posible la reproducción de piezas insustituibles. En primer término agradezco la cooperación de las autoridades del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en sus diversos acervos; igualmente a Patrimonio y Fomento Cultural Banamex, Archivo General de la Nación, Museo Nacional de Arte, Obispado de Tlaxcala, Archivo Fotográfico Manuel Toussaint del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Condumex e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Agradezco, igualmente, la colaboración del Museo Casa del Risco, Museo Soumaya, Museo de la Basílica de Guadalupe, Casa Lamm, Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas (UNAM), la Universidad Autónoma de Puebla, Revista Artes de México y a la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada de la SHCP, sin cuya colaboración no habría sido posible llevar a buen puerto esta investigación. También ha sido importante la buena disposición de otras muchas instituciones que aparecen citadas en las respectivas fichas técnicas de las fotografías que integran los cinco tomos de esta obra, el último de los cuales está dividido en dos volúmenes.

Pilar Gonzalbo Aizpuru



Presentación

La materia que debe tratar la llamada historia de la vida cotidiana es todavía un tanto imprecisa; quizá siempre lo será, pues hay diversidad de opiniones. Este grupo de investigadores ha procurado llegar a un acuerdo sobre el tipo de datos, análisis y narraciones que debían incluirse en un texto dedicado a la vida cotidiana. En general, hemos coincidido en que la historia de la vida cotidiana no se define propiamente, o solamente, por el tipo de actividades y espacios de los cuales se ocupa sino, ante todo, por un enfoque o una manera de ver las cosas. La guerra de conquista de Mesoamérica puede ser materia de estudios de demografía, historia política, historia de las ideas... En el momento en que nos preguntamos cómo percibían los soldados la guerra, si sentían miedo u odio, adoptamos un enfoque de la vida cotidiana: la que vivieron los sujetos históricos.

Nos interesa explorar las características climáticas, topográficas, tecnológicas y sociales que definen los asentamientos; las circunstancias materiales inmediatas en que transcurre la vida: condiciones de la vivienda, del vestido y de la alimentación; las rutinas, los horarios y los hábitos. Queremos entender las formas concretas de ejecución de los trabajos, los ritos, los actos de intercambio y las tareas administrativas, así como la realización práctica de los estilos de vida y las relaciones entre las personas: qué rutina define a un monarca, cómo camina un vagabundo, cómo se manifiestan la desconfianza y el miedo en una relación asimétrica.

Nos interesa también observar el cuerpo: sus estigmas, sus símbolos, sus ademanes y señales. Estudiamos algunas formas de etiqueta y cortesía, diversas manifestaciones del lenguaje, así como el tipo de vínculos creados por la relación verbal entre los sujetos. Las formas de asociación no nos interesan como categorías abstractas sino como prácticas en las que se expresan relaciones de amistad y solidaridad, u hostilidad y segregación. Nos ocupamos de la sexualidad, desde la "normalidad" de las relaciones heterosexuales, hasta las formas de marginalidad y transgresión.

En la etapa virreinal nos interesa poner de manifiesto la paradoja que hace singular la formación social novohispana: que lo indígena fue perseguido y erradicado para seguir existiendo de múltiples formas en la nueva sociedad., o bien, que los rasgos de la cultura occidental y cristiana fueron trasladados a las nuevas tierras, para adquirir un aspecto distinto al que habían tenido antes, para modificarse y adaptarse a una realidad que les asignaba funciones y valores distintos.

Este conjunto de trabajos es resultado de una tarea colectiva, en la que han confluído tres generaciones: la mayor, de maestros; la intermedia, de

quienes fuimos alumnos de la primera generación y maestros de la tercera, y esta última, la más reciente. Comprendemos nuestras limitaciones, hemos intentado mirar el pasado indígena y su supervivencia colonial desde nuestras experiencias de investigación en diferentes campos. Quisimos mantener siempre una mirada a ras del suelo para no escribir una historia de las instituciones o de los procesos políticos, tampoco de las fluctuaciones económicas o de la tecnología... quisimos explorar los aspectos más concretos de los hechos históricos, mirar sus circunstancias y acercarnos, cuando tal cosa fue posible, a las personas de carne y hueso, con voluntad, deseos, prohibiciones, costumbres y miedos... Esas personas cargan, por así decirlo, todo el peso de la historia. En último análisis, la historia no es otra cosa sino aquellas personas, nosotros y nuestras vidas.

Pablo Escalante Gonzalbo

)))

Tercera Parte

Conquista y transformación de las sociedades indígenas

11. Días de guerra. Vivir la conquista (fragmento)

Maite Málaga y Ana Pulido
Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México

En los primeros contactos entre mesoamericanos y españoles, ambos grupos se enfrentaban a un adversario completamente desconocido. Para hacerle frente, sin embargo, sólo podían echar mano de las estrategias que les eran familiares, las que habían conocido siempre.

Durante el avance español hacia Tenochtitlan los acercamientos se intensificaron; tuvieron lugar numerosas batallas, pero también una gran cantidad de encuentros pacíficos. En muchas ocasiones, las semejanzas

de las estrategias de paz y de guerra de ambos ejércitos facilitaron el entendimiento.

Mensajes, saludos y obsequios

Cada vez que un grupo indígena se veía en la circunstancia de recibir a los españoles en su territorio, podía hacerlo de dos formas distintas: una era atacarlos por sorpresa, la otra, actuar con reserva, pacífica pero cautelosamente. Es cierto que con frecuencia hubo ataques, pero los acercamientos cautelosos que iban acompañados por demostraciones pacíficas fueron una forma muy usada para conocer al extranjero y medir sus fuerzas. En muchas ocasiones, los caciques eran los encargados de recibir a los españoles. Los señores indígenas salían a dar la bienvenida vestidos con ricas mantas, iban acompañados de una comitiva numerosa en la que se encontraba el encargado de llevar el copal y sahumar a los recién llegados, así como los tamemes que llevaban los víveres y otros objetos para regalar.¹

Proveer a los españoles de bastimento y de todo lo que les hiciera falta era una clara muestra de paz, por medio de la cual se trataba de establecer una relación amistosa por el tiempo que fuera posible, y conveniente a los intereses indígenas. Por eso Moctezuma mandó a sus embajadores a servir con gran diligencia a los españoles, e hizo especial hincapié en que no se les proveyera de ninguna cosa de guerra y no se les hiciera enojo alguno.² Pero las provisiones dadas por los indígenas no eran las únicas señales pacíficas; en el momento en que los grandes señores indígenas se encontraban frente a frente con los españoles, aparecían interesantes demostraciones de paz y respeto.

En las fuentes coloniales se menciona un gesto indígena de cortesía que los conquistadores no tuvieron dificultad en interpretar como pacífico: el gesto consistía en hacer una gran reverencia frente al que llegaba. Esta inclinación del cuerpo es practicada por Moctezuma y otros señores indígenas cuando le dan la bienvenida a Cortés. Con un significado semejante de respeto y reverencia, pero más enfático aún, era el acto de besar la tierra, que se presenta en el mismo contexto de los encuentros:

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Carmelo Sáenz de Santa María (ed.), Madrid, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo – Consejo Superior de Investigación Científica, 1982, pp. 65-66.

² Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Alfredo López Austin y Josefina García Quintana (eds.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Colección Cien de México), 2000, pp. 1176 y 1186.

y lo que hicieron en llegando donde nuestro capitán estaba, y fue que besó la tierra con la mano, y con braseros que tenían de barro, y en ellos su incienso le sahumaron, y a todos los demás soldados que ahí cerca nos hallamos.³

Como respuesta a tales muestras de atención, los españoles manifestaban su simpatía por medio de sus propios códigos. Antes de encontrarse personalmente con cualquier jefe indígena, Cortés mandaba a decirle el gran afecto que le tenía y le aseguraba que su único propósito era el de conocerlo, por lo que no tenía nada que temer. Una vez que se concretaba el encuentro pacífico, las cortesías españolas se caracterizaban por ser grandes despliegues afectivos, acompañados de un contacto físico que no era bien visto cuando se saludaba a un gran señor indígena. Es conocido el intento que hizo Hernán Cortés de saludar a Moctezuma con un abrazo, y cómo dos caciques lo detuvieron, para evitar que tocara a su emperador. En el mundo indígena todas las personas, incluso nobles y capitanes, tenían que acercarse con gran humildad al *huey tlatoani*, por eso “llevaban la cabeza baja y ojos inclinados y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban a la cara, lo cual hacían por mucho acatamiento y reverencia”.⁴

El abrazo como muestra de respeto está presente en los códigos caballerescos de la época. En libros de caballería como el *Amadís de Gaula* es recurrente la escena en que el caballero, después de haberse desarmado, abraza al rey y le expresa lo mucho que deseaba conocerlo.

Los regalos acompañaban a los saludos y a las muestras de respeto recíprocos. Independientemente de la calidad y valor de los objetos obsequiados, los regalos tenían una serie de implicaciones que quizá para nosotros están algo olvidadas. Para los antiguos mexicanos, eran declaraciones de prestigio y autoridad, y aun más que eso. Los indicios sugieren que Mesoamérica no era un caso de excepción a los principios descubiertos por Mauss en la práctica del regalo en sociedades tradicionales. La acción de regalar, que parecía ser un acto voluntario, libre y gratuito, era en realidad todo lo contrario. El intercambio de regalos daba inicio a un contrato en el que ambas partes se veían obligadas a devolver, de una forma o de otra, el regalo recibido.⁵ Además del hecho de la reciprocidad, es importante notar que no eran los individuos, sino las colectividades, las que se obligaban mutuamente. Las personas que estaban presentes y realizaban el intercambio de obsequios representaban a toda una población. Lo que se intercambiaba no eran exclusivamente bienes o riquezas, cosas útiles económicamente; eran

³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, p. 74.

⁴ Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, nota preliminar de Manuel Alcalá, México, Editorial Porrúa, 1975.

⁵ Marcel Mauss, *Sociología y antropología*, Madrid, Editorial Tecnos, 1979, pp. 156-157.

sobre todo gentilezas, festines, ritos, servicios militares, mujeres, etc., y el intercambio de riquezas era sólo uno de los términos de un contrato mucho más general y permanente.⁶

El intercambio de regalos, iniciado desde los primeros contactos entre indígenas y españoles, fue ampliamente aprovechado por ambos. Los dos bandos sabían lo indispensable que era debido a la relación pacífica que se establecía por medio de él. Para Bernal Díaz del Castillo esto es muy claro: “Y lo que yo vi y entendí después acá, en aquellas provincias se usaba enviar presentes cuando se trataba de paces”.⁷ En realidad, la costumbre de hacer regalos como muestra de paz era compartida por los ibéricos y no fue sólo una estrategia aprendida de los mesoamericanos. Los españoles habían usado las mismas tácticas con los moros y antes de llegar a tierras continentales se habían beneficiado de ellas en las Antillas. Además, al llegar a tierras mesoamericanas, los soldados de Cortés ya sabían qué tipo de regalo era más apreciado por los indios.

en aquella sazón vinieron muchos indios... y traían algunos dellos indios algunas joyas y oro de poco valor y gallinas para trocar con nuestro rescate, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas... porque comúnmente todos los soldados traíamos rescate: como traíamos avisado cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas.⁸

Tanto en la lógica mesoamericana como en la española, el regalo parecía ser una herramienta para evitar la confrontación bélica. Ahora bien, además de los regalos entre embajadores, formaba parte de la tradición política y militar indígena entregar ricos obsequios a manera de tributo anticipado. Con ello se daba la señal a un enemigo temido de que no era preciso el ataque para obtener ese “obsequio” periódicamente; se aceptaba pagar tributo de manera “amistosa” y se mantenía al adversario lejos de casa. Las peticiones que los enviados de Moctezuma le hacen a Cortés, de que no continúe avanzando hacia Tenochtitlan, y la riqueza de los regalos entregados, como aquel casco lleno de pepitas de oro (que se entregó para satisfacer una demanda explícita de los españoles), son señales de que Moctezuma estaba ofreciendo una suerte de tributo, para mantener aquel extraño ejército alejado, como se hubiera hecho en la época prehispánica. Irónicamente, los ricos obsequios no hicieron otra cosa que estimular la codicia de los españoles y apresurar su avance hacia México.

⁶ *Ibidem*, pp. 150-160.

⁷ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, p. 24.

⁸ *Ibidem*, p. 74.